

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA MUERTA VIVA. — CAMPOAMOR

Esta muerta viva es la literatura. Cuando parece que, rezados los responsos, regada la fosa de agua bendita, echada la última paletada de tierra sobre el donoso cuerpo, allí se va a quedar hasta que la trompeta del ángel lo despierte el día del Juicio, de pronto se ve agitarse el recién apisonado terrón, saltar las motas a uno y otro lado, y alzarse llena de vida a la supuesta difunta...

Lo que me sugiere el párrafo que acabáis de leer es el proyecto de coronación del autor de las *Doloras*, con tanto brío y fortuna lanzado a la opinión por D. Francisco Romero Robledo. La incansable actividad, el don de reunir y atraer voluntades que posee este orador insigne, no se consagran ahora a combinaciones políticas, sino a una empresa literaria, pero también nacional: la apoteosis del que muchos tienen por el más ilustre de los poetas españoles vivos.

La ancianidad de Campoamor contribuye a que este proyecto encuentre acogida simpática en todas partes. Las protestas, si alguna hubiese, vendrán de esos espíritus descontentadizos que nunca faltan; no impedirán que pueda llamarse unánime la aprobación con que España recibe el anuncio de que el poeta va a obtener la consagración definitiva de su gloria.

A la edad que Campoamor alcanza — ochenta y dos años — ya se han acallado hace tiempo los gritos rabiosos de la envidia, y hasta las contradicciones de la crítica se han resuelto en la superior armonía de ese juicio sereno que puede llamarse el de la posteridad. Aunque la frescura eterna de su inspiración le haga parecer muy actual, Campoamor es un antepasado; no hay que olvidar que las *Doloras*, en apariencia niñas de vivos ojos y delgado talle, son unas respetables dueñas quintañonas; ¡como que vieron la luz pública en el año 45!

Nuestro siglo, en sus dos primeros tercios, es la época de los grandes poetas líricos, individuales y personales. Ya van quedando tan pocos, que casi podríamos afirmar que ha desaparecido esa generación vinculada a la inmortalidad. Así lo dije hace algunos años, al escribir la biografía de Campoamor. No es fenómeno aislado, peculiar de una nación, ni siquiera de una raza: en toda la superficie del planeta van cayendo a tierra esos árboles llenos de pájaros cantores. A la generación poética hay que buscarla en el sepulcro. Ya al amparo de la tosca lápida que corona, en islote solitario, una cruz — como Chateaubriand, que fué un sumo poeta lírico, aunque escribiese en prosa; — ya bajo el plañidero sauce cuya sombra es leve y dulce — como Alfredo de Musset, el de los divinos sollozos; — ya en el vulgar nicho del cementerio público, como nuestro Espronceda; ya en las sombrías bóvedas del Panteón, como Víctor Hugo, duerme la extinguida familia de los que en la frente recibieron el beso abrasador de la musa, que inculca la convulsión sagrada. No carecemos de poetas, que hacen versos muy hermosos, y sin embargo no vemos quién podría reemplazar a los cantores que nacieron con el siglo. La decadencia del ideal poético y la degeneración del subjetivismo, que ya no tiene aspiraciones insaciables para el espíritu, sino para el cuerpo, han traído esta especie de agostamiento de la poesía ac-

tual, corta de resuello, ininteligible y alambicada muchas veces — sin culpa voluntaria de sus cultivadores. ¡Cosas de los tiempos!

Campoamor pertenece a la pléyade. Se le ha discutido; se le ha negado; se le ha combatido; la general aprobación tributada a Zorrilla no fué patrimonio del autor del *Tren expreso*. Y es que Zorrilla representaba lo genérico, lo que está sin anotar, lo que pertenece a todos, como esos terrenos baldíos que según fama constituyen buena parte del territorio español, y Campoamor era la proyección de un yo poderoso, fuerte, original — la sombra refulgente, permítaseme la frase, de sí mismo. El que se afirma en sí propio, niega, poco ó mucho, a los demás, y por lo tanto les irrita y saca de sus casillas. — Por eso decía yo hace años: «Siempre hallan más fácil aplauso — pero también más fácil olvido — los que visten con espléndido ropaje las ideas y sentimientos comunes, que los que expresan su personalidad. Campoamor es el más apedreado de nuestros grandes poetas, el que con mayor impavidez ha recibido el lodo que arroja con ambas manos la *bêtise*, exclamando al lanzar el primer sucio pellón ¡inmoralidad!, y al disparar el segundo ¡plagio! Ha padecido también otras censuras no tan venenosas, pero mejor fundadas, que provenían de gente docta: las *censuras formales*, basadas en los descuidos, prosaísmos ó caprichosas infracciones de las leyes retóricas que Campoamor se permite.» El tiempo, que todo lo calma, ha calmado aquellas polémicas; la verdadera originalidad de Campoamor está reconocida, porque el ser original no consiste en no repetir frases ni pensamientos ajenos, sino en que los escritos tengan carácter y estilo propio, revelador de una individualidad. Y mientras las leyendas de Zorrilla y sus estrofas brillantes y musicales van consiguiendo cada vez menos lectores, las *Doloras*, contemporáneas del *Tenorio*, están en labios de todos, como el *Tenorio* mismo...

Aunque sean odiosas las comparaciones, la literatura viene comparando. No es mi ánimo poner a Campoamor más alto que Zorrilla. No es tampoco discutirle en relación con los poetas que justamente han merecido el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y han tenido de ello pruebas muy lisonjeras; y encuentro de mal gusto colocar el uno frente al otro, como a gallos en circo de reñidero, al autor de las *Doloras* y al de *El idilio*. Hay gente que no presta oído a estas hermosas *músicas celestiales* del arte y las letras, sino con el deseo de encontrar celos y rencillas — miserias, en suma. — Y no es únicamente en el terreno literario donde se da tal espectáculo. A un novelista famoso, se contraponen otro novelista, no menos celebrado; a una actriz de mérito, otra meritoria actriz; a una mujer bella y morena, otra beldad rubia; a un escultor naturalista, otro clásico, y a un torero adornado, otro torero sobrio y *dórico* en su estilo. Como si no se pudiesen estimar y comprender y saborear por turno los diversísimos géneros de belleza, gracia y habilidad que Dios permite que existan a fin de que nos recreemos en lo variado de sus obras.

Aunque otorguemos preferencia a uno de esos dos poetas, novelistas, escultores, etc., no aminoramos la reputación del otro. El gusto es libre, mas nunca enemigo de la equidad.

\*\*

Volviendo a la coronación de Campoamor, que tiene en Romero adalid incansable — ahora sí que podría repetir Campoamor aquella célebre frase suya: «Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la Ingratitud*,» — diré que el proyecto no es inoportuno porque nos encontremos todavía en el novenario de nuestro duelo nacional. ¡A fe que guardamos bien el novenario! Ni en paseos, ni en teatros, ni en diversiones de ninguna clase se advierte la menor desanimación porque hayamos experimentado tan crueles pérdidas. No veo que nadie lleve rigurosamente el luto de la patria. Diríase que hay fiebre de olvidar y ganas de sacudir la pesadilla. Pues si no se interrumpe la vida normal en ninguna de sus manifestaciones, ¿por qué se ha de sacar a relucir el pañuelo-sábana de los viudos de sainete únicamente a propósito de la coronación de Campoamor?

Romero Robledo se propone que la fiesta sea digna de su objeto. Ha pensado — por ahora no está maduro el plan, sino en germen en la vivísima fantasía de su creador — que la ceremonia solemne se verifique en mayo, clásico mes floreal, en el embalsamado Retiro, de literarias tradiciones, cuando el aura es suave y la perfuman las acacias y los jacintos. Y quiere que la fiesta se deje atrás a la que en Francia dedicaron a Víctor Hugo.

\*\*

¿Cómo acogerá Campoamor la apoteosis? ¿Se negará, se resistirá, no querrá prestar a la ceremonia el realce de su presencia? Es de esperar que sí; y es de desear que la exhibición del venerable *dolorista* se reduzca a lo estrictamente necesario, a fin de evitarle fatiga y de no quebrantar su salud. Por lo demás, la presencia de Campoamor, a pesar del grave peso de los años, es todavía hermosa y simpática. No ha caducado el retrato que hice de él en la Biografía. «Campoamor es de mediana estatura y más que medianamente grueso, sin llegar al extremo de esa obesidad aflictiva que padecía Alarcón, y que roba toda vivacidad a los movimientos y a las actitudes. Su cabeza, grande sin desproporción, respira vida, fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda, y poblado aún hasta cubrir todo el cráneo y aureolar la frente (hace años que renunció a arrancarse las canas), realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre, y que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy perfiladas, toman expresión de la maliciosa luz que irradian los ojos, y las acentúan las patillas pulcras, senatoriales, que ostentando la misma blancura del pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos rien, pero en la caída de la boca hay aquella vaga melancolía, aquella fría niebla que Pidal llamó el *dejo montañés*.»

\*\*

No debemos coronar a Campoamor del tieso laurel, que huele a Academia y a odas pindáricas recalcantes; le conviene más la guirnalda de rosas que la antigüedad concedía a sus poetas líricos. Una rosa en el pico de una paloma: tal podrá ser el escudo de Campoamor...

Y a la mujer corresponde dar vida, con sus simpatías y sus admiraciones calladas y por lo mismo más profundas, a la idea de la apoteosis campoamoriana. El mundo exclusivamente femenino, el que la mujer no sólo lleva en sí, pero suscita y saca de la nada en el hombre — el mundo del sentimiento y de la pasión, — es el dominio propio de Campoamor. En España los poetas líricos cantaron y endecharon sus propias cuitas, sus afanes, sus ensueños; no se cuidaron de saber si en la mujer existía algo que respondiese a igual origen, una cuerda que vibraba al inspirar. Creyeron sin duda que podían aplicar a la mujer lo que Leopardi dice del ejecutante de música, que ignora lo que su habilidad hace sentir al que le oye...

Ningún poeta castellano, antes de Campoamor, se tomó el trabajo de interpretar a la mujer. — La mujer se lo ha agradecido. Desde que se lanzó a la publicidad el proyecto, ¡cuántas hermosas y aristocráticas bocas lo han aprobado con entusiasmo! ¡Cuántas frases de perlas he oído, qué corrientes de simpatía se han despertado!

\*\*

Termino esta crónica campoamoriana regalando al lector dos joyas que Campoamor me ha ofrecido estos días; dos *doloras* de muy reciente fecha:

## EL PODER DEL LLANTO

A Emilia Pardo Bazán.

I

Dió el cielo a la mujer miles de encantos  
y además de ser tantos  
son éstos de un poder irresistible:  
además de lo bueno y lo sensible  
une al pudor, en cuya frente pura  
todos beben su copa de locura,  
el dejo celestial de sus acentos,  
y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, al gran Lope recordaba  
nuestra insigne escritora, y replicaba:  
«¿Y a qué olvidar nuestro mayor encanto?  
Para ablandar lo duro del destino,  
ha dado Dios a la mujer el llanto,  
que es lo que hay en lo humano de divino.»

## DESPUÉS DEL PRIMER SUEÑO

Se casaron los dos, y al otro día  
la esposa, con acento candoroso,  
al despertar, le preguntó al esposo:  
¿Me quieres todavía?

Es Campoamor... el de siempre.

EMILIA PARDO BAZÁN